EL DUQUE DE SALLANDRERA

Navas y Perez

8

EL DUQUE DE SALLANDRERA

DRAMA EN UN ACTO

ESCRITO EN VERSO

POR

DON TIBURCIO NAVAS Y PÉREZ

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551
1898

A mis queridos hijos

El Autor

PERSONAJES

DOÑA GUIOMAR, *viuda del duque de Sallandrera, y casada en segundas nupcias con*

DON PEDRO ALVAR (Capitán); *de este segundo matrimonio tenían un hijo.*

FORTUN, *joven de trece años, y único hijo que dejó el duque de Sallandrera, y, por tanto, heredero del ducado.*

FORCIAN, *oficial á las órdenes de D. Pedro Alvar.*

EL GENERAL FRANCÉS.

Soldados españoles

La acción pasa en un castillo de Navarra, en la terminación del reinado de Carlos IV

ACTO ÚNICO

Salón de armas del antiguo castillo de Sallandrera, en Navarra. Puerta á derecha del público. y en la izquierda una gran ventana que mira al campo. La puerta tiene grandes colgaduras. Se ven en las paredes cuadros con retratos de los antepasados. Una mesa con recado de escribir, al lado de la gran ventana que se ve defrente: en esta ventana ha de verse el rastrillo ó puente del castillo, que pasa de un lado á otro de dicha ventana. Sobre la mesa hay una linterna. Déjanse oir de vez en cuando los cañonazos que se disparan desde el campo enemigo y desde el castillo, y alguna vez ruido de gentes que corren de un lado á otro.

ESCENA PRIMERA

El capitán DON PEDRO ALVAR asomándose por la ventana hacia el campo enemigo.

¡Bravo! ¡Con qué decisión
atacan los imperiales!
No hay otro Napoleón;
todos serenos, marciales,
se baten por convicción.
Les impulsa el genio audaz
que lleva en su corta historia
como corona de gloria
en la guerra y en la paz,
por bandera la victoria.
Quien de uno al otro hemisferio
va acumulando á su paso,
como á impulso de un misterio,
desde el oriente al ocaso

un imperio y otro imperio.
El hombre á quien la fortuna
acaricia seductora,
en hora siempre oportuna
y á quien dió desde la cuna
esa espada vencedora.
En sus pendones ondea
como el lábaro divino
que va mostrando el camino
la grande y sublime idea
que marca el nuevo destino.
¡Libertad! palabra santa
que á todos nos hace hermanos,
¡cuán terrible se levanta
para aplastar con su planta
á los temidos tiranos!
Pero caerán los colcsos
como el muro carcomido
que mil veces ha servido,
y con sus hechos gloriosos
morirán en el olvido.
Sin embargo, está mi honor
de militar empeñado,
pues el Rey, nuestro señor,
puso bajo mi valor,
este castillo avanzado.
En él verá el enemigo
nuestro esfuerzo y energía,
de sus muros al abrigo
han de ser mudo testigo
que acibare su alegría.
Aquí ha de humillar su frente,
y mal que pese al francés,
al empuje de mi gente
sufrirá el primer revés
ese ejército imprudente.
Nos han venido á retar
en la cumbre de esta sierra
y juzgan fácil entrar...
ahora yo os reto á la par:
¿Queréis guerra?... ¡pues bien, guerra!
(**Asomándose hacia el campo enemigo.**)
¡Van cubriendo las subidas!
Intentais un desvarío

con tan rudas embestidas:
cada vida de uno mío
os ha de costar cien vidas.
No habéis de coger el fruto
que miráis en perspectiva;
sólo hallaréis por tributo
en empresa tan activa,
la desolación y el luto.
Y aunque el mundo se coaligue,
mientras que yo mande aquí...
ó han de pasar sobre mí
ó no hay medio que me obligue
á borrar lo que ofrecí.
(Observando al enemigo.)
¡Levantan la puntería!
(Con voz de mando.)
¡Alerta los de la torre!
Ni en su pericia confía...
á la derecha se corre...
Parece que desconfía.
O da treguas á su intento
ú obra con indecisión,
ó es que cunde el desaliento;
este es el mejor momento
de darles una lección.
(En voz de mando.)
¡Enfilad cuatro cañones
al lado de la derecha!
(Ligera pausa. Suenan los cañonazos, se asoma al campo enemigo y dice lleno de satisfacción:)
¡Soberbio! Por pelotones
van rodando las legiones.
¡Apuntad sobre la brecha!
Y antes de que volver puedan
y coloquen sus cañones,
desemplazad los que quedan,
y luego ahorrad municiones
cuando en la ofensiva cedan.
(Suena otro cañonazo y se asoma.)
¡Oh! ¡sublime precisión
hubo en la descarga esa!
Ya se ve con gran sorpresa
herida en el corazón
la artillería francesa.

Y no ha de avanzar un paso
en el cerco que intentó:
aquí su frente humilló,
y ya camina al ocaso
la estrella que le alumbró.

ESCENA II

DON PEDRO y FORCIÁN entrando.

FORC. Mi capitán.
PEDRO Adelante.
¿Qué ocurre?
FORC. Mucho lo siento,
pero ha llegado el momento
de hablar sobre algo importante
que atañe al destacamento.
El enemigo ha sufrido
una terrible descarga:
esto de gozo me embarga;
pero yo estoy convencido
que ha de volver á la carga,
pues, ciego en su terquedad,
no ve la heroicidad
de estos fieles servidores,
y extremará los rigores
con un asedio tenaz.
Las cosas van en apuro:
el entusiasmo es ardiente,
y aunque el trance es algo duro,
contad con que de esa gente
triunfaremos, de seguro.
Sin embargo, es menester
manifestar con nobleza
mi sencillo parecer.
PEDRO Decidle es vuestro deber.
FORC. Pues dispensad la franqueza.
Pocos somos, en verdad,
para empresa tan audaz,
pero todos, ¡vive Cristo!,
en su valor habéis visto
que raya en temeridad.
Hoy, que el paso se nos cierra

con esta traidora guerra,
oid, pues hablar me toca:
ni hay municiones de guerra
ni municiones de boca.
Y el soldado, en su ardimiento,
no puede vivir contento,
y cederá en su valor.
No hay energía, señor,
si falta el mantenimiento.

PEDRO ¿Y puedo yo remediar
un estado tan precario?
Lo que falta hay que buscar,
y nunca más necesario
el valor para triunfar.
Que aminoren la ración
y den la sopa tasada
por más pronta solución.

FORC. ¡Señor, ni hay sopa ni nada!

PEDRO Pues vivamos de ilusión.
Yo no puedo consentir
que el respeto se relaje.

FORC. ¿Y cómo se va á vivir?

PEDRO Aún no es tiempo de morir:
que roan el correaje.

FORC. Está bien; voy á volver
á infundirles nuevo aliento,
y nada habrá que temer,
pues que han de morir presiento
víctimas de su deber.
Abatidos de hambre y frío,
pero alegres, sati fechos,
no decaerán en el brío;
un muro serán sus pechos,
y vencerán, yo os lo fío.
Pues que la suerte está echada,
triunfará nuestro valor
coronando la jornada,
porque al lado del honor,
la vida no vale nada.
Pero allí veo un soldado
con el rostro demudado.
Si me permitís salir,
voy al momento á inquirir
lo que puede haber pasado.

SOLDADO (Desde dentro.)
¡Mi capitán! Emplazando
están una batería
al lado del Mediodía.
(Don Pedro; mirando y con energía.)

PEDRO ¡A tal llega su osadía!
Atención á lo que mando.
Enfilad la culebrina
para tomar la rasante,
y si en su empeño se obstina...
con el toque de fajina
vaya la muerte adelante.
Cuando se atreven á tanto,
preciso es que fíen mucho.
Pues bien; que cunda el espanto
y que se gaste entre tanto
hasta el último cartucho.
Si la desgracia nos toca
de ceder en la pelea,
pues su ambición la provoca,
que inmóviles, cual la roca,
en nuestro puesto nos vea.
Hoy el Dios de las batallas
es nuestro mejor testigo:
si derrumban las murallas
y hacen falta vituallas,
vamos al campo enemigo.
Y, como arrastra el alúd
cuanto en su camino alcanza,
redoblemos la matanza
bajando por el talúd
en alas de la venganza.
(Suenan tres ó cuatro cañonazos dentro, y Forcián se asoma al campo.)

FORC. Como aprovechen así,
nos van á dejar absortos.
¡Qué empeño más baladí!
Todos han quedado cortos
y no alcanzaron aquí.

PEDRO En esa parte, Forcián,
está el mayor compromiso;
hay que vivir sobre aviso,
pues, de fijo, insistirán,
y el evitarlo es preciso.

Tomada tal posición,
el castillo está tomado:
defendedla con tesón
sin apartar de tal lado
un momento la atención.

FORC. Ya lo sé: mas según veo,
son muy flojos sus cañones
para alcanzar el trofeo:
¡gracias que en este bloqueo
les vamos á dar lecciones!

PEDRO. Conque no echeis al olvido
la vigilancia que exijo,
y estad muy apercibido;
ya sabéis que no transijo
con nada.

FORC. Está comprendido.
Descuidad, que así se hará;
la fortuna ayudará,
y pues Francia trae la guerra,
pronto sembrada la tierra
de cadáveres verá. (Vase Forcian.)

ESCENA III

DON PEDRO

Es preciso resistir
mientras se pueda vivir,
y que aprendan los franceses,
después de tantos reveses,
cómo sabemos morir.
Que este castillo ha de ser,
escudo de la hidalguía
en que estriba mi poder,
y la Francia se ha de ver,
sepultada en su osadía.

ESCENA IV

DON PEDRO y FORTÚN entrando

FORTUN Dios os guarde.

PEDRO Guárdeos Dios.
Mas... ¿cómo vos por aquí?

FORTUN Desde la atalaya os ví...
¿Estamos solos los dos?
PEDRO Ya lo veis: creo que sí.
FORTUN Que me bata á vuestro lado
es de mi madre el deseo,
y hoy, por desgracia, me veo
á mi pesar, impulsado
á hablaros sobre el bloqueo.
PEDRO Permitidme si observar
os hago mis instrucciones
y no lleguéis á faltar,
porque don Pedro de Alvar
no consiente imposiciones.
En la atalaya os mandé
observar el movimiento
del enemigo, y no sé
por qué dejáis ni un momento
el puesto que os designé.
FORTUN (Con humildad.)
Por mandato de mi madre
dejé el puesto confiado
á un soldado.
PEDRO (Con energía.) Mal que os cuadre,
veo que me habéis faltado
á mí, que soy vuestro padre.
FORTUN (Con energía.)
¿Mi padre vos? Fuera mengua
que tal nombre pronuncieis,
mas si de él hablar queréis,
y en algo á mí me teneis,
tened un poco la lengua.
Si se llegó á enamorar
en momento de arrebato
de vos mi madre, lo acato
pues fuera en mí desacato
de tal acto protestar.
Pero de eso á consentir
que me llameis vuestro hijo,
hay gran trecho, y os exijo
que no os lo vuelva yo á oir
pues que con tal no transijo.
PEDRO Dispensad mi desacuerdo
si le juzgáis importuno...
al evocar tal recuerdo

veo que no anduve cuerdo;
padre, sólo existe uno.
Pero tampoco creí
renovar el sentimiento:
huérfano sois, y lo siento
pues veo dudáis de mi
con vuestro arrebatamiento.

FORTUN — No dudé, mas al pensar
que falta quien me dió el ser...
confieso que á mi pesar,
ni me supe dominar
ni me pude contener.
Yo también perdón os pido
si en mi edad é inexperiencia
cometí alguna imprudencia;
echemos todo al olvido
y contad con mi obediencia.

PEDRO — Está bien, y ahora marchad
á vuestro puesto de honor.

FORTUN — Antes permitid, señor,
que con toda lealtad
os hable un fiel servidor.

PEDRO — Decid lo que á bien tengáis
que hasta os oigo con placer.

FORTUN — Señor, bien es menester,
pues por lo visto ignoráis
algo que vais á saber.
¿Sabéis que los defensores
no tienen siquiera pan?

PEDRO — Ya me lo ha dicho Forcián.

FORTÚN — ¿Y os consta si pensarán
en ser traidores?

PEDRO — (Inmutado.) ¿Traidores?

FORTÚN — Traidores, ¿y por qué no?
¡Hay hombres de gran falsía!

PEDRO — ¿Quién en la traición pensó?

FORTÚN — Si le conociera yo
el cráneo le saltaría.
Pero hay mucho descontento
y signos de inteligencia.

PEDRO — Vigiladlos con paciencia,
y si tenéis evidencia
he de hacer un escarmiento.
Aquí no debe reinar

mas que el entusiasmo ardiente
que nos haga respetar,
y no es la ocasión presente
para en perfidias pensar.
No han de valer acomodos:
en el interés conjuntos
solo admito estos dos puntos:
ó aquí perecemos todos
ó aquí nos salvamos juntos.
Marchad, pues, y con prudencia
vigilad tan negra trama,
pero obrad con diligencia,
pues corta será mi ausencia.
(Se oyen dos cañonazos.)
Allí vuestro honor os llama.
(Señalando hacia el castillo.)
Autorizado quedais
á obrar con desembarazo:
si de alguno sospechais,
abrasadle de un balazo,
que yo apruebo cuanto hagais.
(Saluda y vase Fortún.)

ESCENA V

DON PEDRO, mirando marchar á FORTÚN

Ninguno puede dudar
que en tu mirada altanera
valiente se ve brillar
la sangre del Sallandrera
que vida te supo dar.
De temple el mancebo es
y claro de inteligencia.
(Ligera pausa.)
Aquí no cabemos tres:
ó yo pierdo la existencia,
ó haré que triunfe el francés.
Heredero del ducado,
veo con dolor profundo
que Fortún es el llamado,
y mi hijo, cual segundo,
ha de quedar humillado.

No lo debo consentir:
esto lacera mi alma,
pues pienso en el porvenir
y no puedo ver con calma...
(Como hablando consigo y con misterio.)
Si Fortún llega á morir...
De Sallandrera será
por la parte de su madre
duque mi hijo, y verá,
satisfecha en mí, su padre
la ambición: ello dirá.
Si se prolonga el asedio
al punto que hemos llegado
según lo que cunde el tedio,
sucumbimos sin remedio,
no va á quedar un soldado.
Nuestra causa está perdida:
el enemigo entrará,
y aquí nos fusilará,
con que lo mejor será
ver si se salva la vida.

ESCENA VI

DON PEDRO y DOÑA GUIOMAR, entrando

GUIO. En la muralla os creí
dirigiendo á esos valientes.
PEDRO (Como con indiferencia.)
Allí estuve, mas volví,
pues me reclaman aquí
otros asuntos urgentes.
GUIO. ¿Y Fortún?
PEDRO Sigue en el puesto
que á su valor confié.
GUIO. ¿Y se porta bien?
PEDRO Sí á fé.
GUIO. ¿Y os respeta?
PEDRO (Con ironía.) Por supuesto.
GUIO. ¡Os quiere mucho!
PEDRO Lo sé.
GUIO. No se podía esperar
otra cosa de ese niño:

cuando de vos quiere hablar,
nunca lo hace sin mostrar
un gran respeto y cariño.
Si... (lo que no quiera Dios)
á faltar llegáseis vos,
juro, por mi honor de madre
y el recuerdo de su padre,
que él os vengará á los dos.
Permitid que os felicite
por vuestro acierto y bravura.
¡Les disteis lección tan dura,
que ya no importa un ardite
de este cerco la aventura!
(Se asoma por la ventana hacia donde está el enemigo.)
Parece que el enemigo
conoce su empeño ciego:
ya lo veis, cesó en el fuego.

PEDRO Pues yo confianza abrigo,
que le empezará muy luego.
Fuera mengua y cobardía
que este cerco levantara
y de aquí se retirara
cuando tan cerca está el día
de triunfar...

GUIO. (Interrumpiéndole.) Si sospechara
nuestra situación horrible,
arreciaría en su empeño
y pronto se hiciera dueño.

PEDRO Nuestro triunfo es todo un sueño;
esto se hace .. insostenible.

GUIO. (Con creciente energia.)
¡Don Pedro! que tal palabra
jamás salga de su boca
pues vuestra deshonra labra;
á vos defenderle toca
ó morir sin que se abra.
Del castillo os puso el rey
cual centinela avanzado
sobre este monte escarpado,
y fuera de mala ley
ceder sin verle arrasado.
Y que no digan jamás
por delante ni detrás
los propios y los ajenos,

que aquel que pudo hacer más
es el que supo hacer menos.
¡Don Pedro! Reflexionad,
obrando con tino y calma,
mas siempre con lealtad,
ó ante la posteridad
os emplazo por mi alma.
Mas si vos queréis ceder
perdida ya la esperanza,
¡venga, venga sin tardanza
el mando, que aunque mujer
yo sabré tomar venganza!
Y os juro por esta cruz
(Sacando un crucifijo del pecho.)
que aunque avance denonado
ese enemigo cuitado,
del castillo ante el talud
ha de quedar humillado.
¡Que las hembras de mi estambre
todo lo arrastran en pos,
y pues ceder queréis vos
ó aquí morimos de hambre
ó triunfamos, vive Dios!

PEDRO Yo cumpliré sin temor
mi deber como soldado;
si vos dudáis...

GUIO. No he dudado,
pero veo amortiguado
vuestro indómito valor.
Y no es ese, pese á mí,
el proceder que os distingue,
pues por eso os preferí:
que el valor nunca se extingue
habéis de probarlo aquí.
Y ya que como avanzada
nos vemos en la nación,
defendamos con tesón
esa enseña venerada
que ondea en nuestro pendón.
(Vase doña Guiomar y empiezan á oirse los cañonazos.)

PEDRO (Asomándose presuroso.)
Mas ya el bombardeo empieza.
(Dando órdenes desde la ventana.)
A su puesto cada cual

y que funcione la pieza
que está en la torre central.
(Se retira de la ventana.)
¡Obré con mucha torpeza!
No debí manifestar
el temor que á mí me acecha.

ESCENA VII

DON PEDRO y FORCIAN entrando.

FORC. Señor; el cerco se estrecha
sin poderlo remediar,
y ya han abierto una brecha.
PEDRO (Con energía.)
Pues á cubrirla al instante,
y antes morir que ceder,
veremos si puede ser...
(Con voz enérgica y desenvainando la espada.)
¡Hijos míos! ¡Adelante!
y no hay que retroceder.
(A Forcian.)
Vos aguardad mi regreso
y vigilad desde aquí. (Vase precipitadamente.)

ESCENA VIII

FORCIAN

(Mirando desde la ventana.)
¡Vigilar! no basta eso.
(Fijándose en el campo enemigo.)
Ahora carga todo el peso
en la brecha, ¡pese á mí!
(Suenan los cañonazos de uno y otro lado.)
¡Cómo silba la metralla
y retumba su estridor!
De la pólvora el olor
me enajena: ¡con qué ardor
los están teniendo á raya! (Sigue el cañoneo.)
¡Magnífica puntería
hicísteis! ¡Qué polvareda!

ya no cabe mejoría,
se barrió la batería
y ni un solo cañón queda.
Otro más, y por mi santo
que su vida está en un tris,
y entre la ruina y el llanto
correrán llenos de espanto
hasta llegar á París. (Suena otro cañonazo.)
(Con gran alegría.)
¡Bravo, soberbio, asombroso!
¡Ni un momento de reposo
les dejan nuestros soldados!
¡Ya se les ve acobardados!
¡Por Cristo, que esto es hermoso!
¡Que no pudiera yo estar
al lado de esos valientes! (Cesa el cañoneo.)
¿Qué veo? ¡Los combatientes
se empiezan á retirar
bajando por las pendientes!
No es tan fácil la subida
como al principio creyeron:
se retiran... ¡bien hicieron!
Cien vidas por cada vida
en el asalto perdieron.
Con otros cuantos reveses
perderéis vuestro interés:
¡si hubiera pan para un mes
no quedaba ni un francés
que lo cuente á los franceses!
Pero el hambre nos apura
y poco podrá durar,
mas si llegan á triunfar
hambrientos nos han de hallar
peleando con locura.
En libertad ó cautivos
que vengan si han de venir,
pues si el hambre ha de seguir
nos los comeremos vivos
si se obstinan en subir.
Cesó el fuego, ¡que me place!
¡dura la jornada fué!
Si el francés no se rehace
descansemos, pues, á fe
que buena falta nos hace.

Mas ya viene el capitán
y contento, por mi vida;
ha ganado la partida
y los franceses se van
á tramar otra embestida.

ESCENA IX

FORCIÁN y DON PEDRO, entrando.

PEDRO Buscad detenidamente
por todos cuantos rincones
tengan las habitaciones,
y si encontráis municiones
municionad á la gente.

FORC. ¿Y de comer?

PEDRO ¡Con mil rayos,
que la situación es dura,
y pues que la cosa apura,
aunque la carne esté dura
que se maten mis caballos!
(Saluda y vase Forcian.)
Volverán, y extenuados
por el hambre mis soldados,
no los podrán contener
y tendremos que ceder
tras los trabajos pasados.
Por cima de mis leales
cual huracanes pujantes
de los climas tropicales,
nos arrollarán triunfantes
las águilas imperiales.
Pero, por vida de Cristo;
que no sufro un desencanto
ante el resultado visto,
le tenía ya previsto
y no me coge de espanto.
(Una voz desde las murallas.)

VOZ Por la parte del Calvario
del lado más solitario
que desde el arroyo arranca,
avanza un parlamentario
con una bandera blanca.

PEDRO (Como dando órdenes.)
¡Forcián! Tomad la linterna (Se presenta.)
y con precaución abrid
la entrada de la poterna
por la galería externa;
allí os esperan; partid.
Procurad ser mudo y ciego:
un emisario enemigo
os espera con un pliego;
cuando entre, cerrad luego,
pues pretende hablar conmigo.
Que bajen cuatro soldados
y le venden al momento
antes de que pase dentro,
y por los sitios marcados
conducidle á este aposento. (Vase Forcián.)
Pues quieren parlamentar,
veremos las condiciones,
si se pueden aceptar;
mas lo que (s imposiciones...
antes me dejo matar.

ESCENA X

DON PEDRO y FORCIAN con cuatro soldados, que traen al PARLAMENTARIO con los ojos vendados.

PEDRO (A los soldados.)
¡Descubridle! (Los soldados le descubren.)
PARL. Bien, señor.
PEDRO (A los soldados.)
Y vosotros, despejad. (Vanse los soldados.)
PARL. ¿Estamos solos?
PEDRO Hablad;
pero sin ningún temor.
PARL. (Sacando un pliego cerrado, que entrega á don Pedro.)
Esta es mi misión. Tomad.
PEDRO (Abre y lee el pliego.)
«Capitán, vuestro valor
le tenéis ya bien probado;
si no juzgáis deshonor,
creo será lo mejor
poner fin á tal estado.

Si aceptais un armisticio,
citadme y acudiré
sin hacer un sacrificio,
y en verdad que sentiré
el no encontraros propicio.
Con el portador de ésta
podeis hacerme el honor
de transmitir la respuesta.
¡Salud! Vuestro admirador.»
(Cierra la carta y se la guarda.)
(Aparte.) El aceptar poco cuesta.
(Se pone y escribe rapidamente, recitando la carta según la escribe.)
«General, sin prevención
acepto la que mandais,
visto su buena intención;
hora, la que vos digais,
pues la dejo á su elección.»
(Firma, cierra el pliego y se le entrega al Parlamentario.)
Corred como el torbellino,
y devorad el camino
en los más breves instantes,
á fin de que, cuanto antes,
llegue el pliego á su destino.
y añadid puede venir
cuando quiera, pues le espero.

PARL. Muchas gracias, caballero. (Va á retirarse.)

PEDRO Esperad, para partir,
á que os venden. .

PARL. Ya me espero.

(Se asoma don Pedro á la puerta por donde entró el Parlamentario, hace una seña, entran los soldados le vendan y salen con él.)

PEDRO Era de necesidad
adoptar algún partido,
pues que ya estaba perdido
el castillo, y en verdad
que Dios nos ha protegido.
Tres días no resistimos
situación tan angustiosa,
y si atacan, sucumbimos;
gracias á que conseguimos
capitulación honrosa.

Del acto no me sonrojo,
porque el honor lo consiente;
mas si me trata exigente,
entonces... diente por diente,
y por un ojo, otro ojo.
El paso es algo atrevido,
pues implica una bajeza,
y al tomar este partido,
con haberlo consentido
sé que juego mi cabeza.
Pero se hacía preciso,
dada nuestra situación,
el salvar la guarnición
del terrible compromiso
con esta resolución.
Si acaso quiere imponer
condiciones onerosas,
yo le sabré contener,
haciendo vuelvan las cosas
á su primitivo ser.
Mas si á lo justo se aviene,
sin tratar de humillaciones,
aquí dispuesto me tiene
á estipular condiciones:
ya veremos cómo viene.
(Una voz desde la muralla.)

VOZ Por el lado de la derecha
parece que hacen señal.
(Momento de pausa.)
¡Ya llegan al abrojal!
Es que avanza el general
de la división francesa.

PEDRO (En voz de mando.)
Tributadle los honores
que á su rango pertenecen,
que redoblen los tambores
y salgan los tiradores
en cuanto á verlos empiecen.
(Pausa. Tocan los tambores y cornetas, hasta que el General entra en escena.)
Que le vende un oficial
y conducidle hasta mí: (Se asoma al campo.)
ya llegan, vedles allí;
á su puesto cada cual,

mientras yo le espero aquí.
(Se aparta de la ventana.)
Con impaciencia me veo
hasta tener la entrevista:
bien sabe Dios la deseo,
pues el alma me contrista
la duración del bloqueo.

ESCENA XI

DON PEDRO. Entran el GENERAL y OFICIAL, el primero con los ojos vendados. El Oficial, á una señal de don Pedro, le quita el pañuelo y se retira. Don Pedro ofrece un asiento al General y él toma otro. Fortún, durante esta escena, permanece oculto tras uno de los cortinones

GEN. Capitán, que Dios os guarde.
PEDRO General, que os guarde Dios.
GEN. ¿Estamos solos?
PEDRO Los dos.
GEN. ¿Vine tarde?
PEDRO Nunca es tarde
si llega la dicha en pos.
GEN. Vuestro pliego recibí
con verdadera impaciencia,
y al punto he venido aquí.
PEDRO El vuestro también á mí
me llenó de complacencia.
GEN. Creo que es empeño locc
el resistir este asedio
y vuestra prudencia invoco.
PEDRO Os extrañáis por bien poco...
GEN. Debemos buscar un medio...
PEDRO ¿Y cuál? Porque aquí en España
sólo se sabe elegir
dos caminos en campaña:
uno... pelear con saña,
y otro... con honra morir.
Si vos halláis algún medio
decidle, pues ya os escucho.
GEN. Es preciso fiar mucho
cuando no hay otro remedio:
mirad que ya soy muy ducho.

PEDRO No niego vuestra pericia,
por el talento y los años,
mas se dan casos extraños,
que á veces en la milicia
producen mil desengaños.

GEN. En fin, lo más principal
es ir derecho al asunto.

PEDRO Lo encuentro muy natural;
tocad, pues, el primer punto
cuando os plazca, general.

GEN. Pues hablemos con franqueza.

PEDRO ¡Bien! Pues con franqueza hablemos
y al fin nos entenderemos.

GEN. (Con pausa.)
Yo sé que la fortaleza
no resistirá...

PEDRO Veremos.

GEN. Bien sé que el hambre os acosa.

PEDRO ¿Sí? Pues sabéis más que yo.

GEN. Y que os veis en la forzosa
de aceptar cualquiera cosa
que os den...

PEDRO (Con dignidad y resolución.)
Yo os digo que no:
y si allá en el campamento
os hacen falta raciones
para vuestros campeones,
decídmelo y al momento
las mando sin condiciones.

GEN. (Con cierta sorna.)
No creí que tan sobrado
vuestro parque se hallaría
tras sitio tan prolongado.

PEDRO Pues estáis mal informado,
porque aun tengo en demasía.
Y aunque se extreme el rigor
y se prolongue el asedio,
aquí ni el hambre ni el tedio
reinan, pues están por medio
la abundancia y el valor.

GEN. Nunca por exagerar
se aumenta la resistencia...

PEDRO (Con furor reconcentrado.)
¡Por Dios! Obrad con prudencia;

pues caro os puede costar
si se apura mi paciencia.

GEN. Dispensad mi indicación
y las formas de lenguaje
con que expuse la cuestión...

PEDRO Expresé mi indignación,
pues creí ver un ultraje.
Pero dejando esto á un lado,
porque es algo delicado,
decid al venir aquí,
¿qué se pretende de mí,
saber si estoy pertrechado?

GEN. (Con cierto embarazo.)
¡Oh! No... pero... yo... creía...

PEDRO Pues habéis creído mal.

GEN. Que el castillo...

PEDRO Voto á tal,
que se va pasando el día
sin tratar nada formal.

GEN. Tenéis razón: pues hablemos.

PEDRO Nada más puesto en razón.

GEN. Una capitulación...

PEDRO ¿Queréis que capitulemos
y bajo qué condición?

GEN. Que se claven los cañones
y se arríe la bandera
al frente de mis legiones.

PEDRO Sería la vez primera
que España hiciera excepciones.
Esta nación prepotente,
que nunca cedió ante nada
do puso su pie potente,
al doblegar hoy su frente
se creería deshonrada.
Y yo no debo aceptar
ante el temor obligado,
más partido, que luchar:
por algo se me ha mandado
la fortaleza guardar.
Buscad, pues, otra salida
que nuestro orgullo no hiera
y acaso sea admitida.

GEN. Desechemos la primera
si la juzgais atrevida.
Proponedla vos si no.

PEDRO A vos toca, pues juzgó
ser oportuno tal caso,
no quiero parecer yo
como que he dado ese paso.

GEN. Se os perdonará la vida
y que salga desarmada
la guarnición.

PEDRO No me agrada:
tiene que salir armada
y con honor despedida.

GEN. Es un poco violento
el proceder que exponéis
tratando de un rendimiento.

PEDRO (Como herido en su dignidad.)
Aun no ha llegado el momento
de rendirnos: ya lo veis.
(Señalando hacia donde ondea la bandera.)
¡Mirad! aun ondea enhiesta
del castillo en una almena,
noble, tranquila y serena
esa bandera dispuesta
que más de dos mundos llena.
De la gloria en el zenit
nada hay que empañe su brillo
y ondea siempre feliz
mientras exista un caudillo
que no doble la cerviz.
Del caso no hay más que hablar,
pues no he de ceder un punto.

GEN. Queda orillado este asunto:
de lo demás, en conjunto...

PEDRO Ya podemos continuar.
Respecto á mis oficiales,
¿qué se acuerda?

GEN. Usted dirá.

PEDRO A su rey son muy leales
y trabajo costará
que acepten arreglos tales.

GEN. Entonces, si vos sabéis
que no aceptan, renunciemos.
Decid, pues, lo que queréis,
y si es justo... lo obtendréis.

PEDRO (Aparte.)
Al fin nos entenderemos.
(Momento de pausa é indecisión en los dos.)

GEN. Conozco la indecisión
en que mi oferta os coloca,
y en verdad que no me choca
el dejarlo á mi elección
aun cuando á vos hablar toca.
Nada arriesgo al ofrecer,
pues todo se ha de cumplir.

PEDRO Veamos vuestro parecer
y en ello tendré un placer.

GEN. Ya lo podéis presumir.
(Con intención.)
Con un ascenso tal cual
que premie favores tales...

PEDRO Me tendrán por desleal.

GEN. ¿Quisierais ser general
de las tropas imperiales?

PEDRO (Con satisfacción.)
Que me place y solo así
podréis obtener de mí
tal sacrificio.

GEN. (Tendiéndole la mano.)
Aceptado. (Se levantan.)
Mañana á las diez aquí.

PEDRO A las diez habréis entrado.
Y á fin de encontrar más franca
del castillo la subida,
á la señal convenida
izaré bandera blanca;
vos avanzad en seguida.

GEN. Está bien; queda pactado
y me retiro al momento:
vuestro nuevo nombramiento
también queda asegurado.

PEDRO (Aparte.)
¡Conseguísteis vuestro intento!
(Llamando á Forcian.)
¡Forcián! que forme la gente
del castillo en la explanada.
(Indicando á Forcian para que vende al General.)
Dispensadme...

GEN. ¡Nada, nada!
la costumbre es bien patente
y debe ser observada.
(Se dan la mano, le venda Forcian y sale conducido

por dicho Forcian. Suenan las cajas y cornetas haciendo los honores. Don Pedro se asoma un momento como viéndole partir; luego se retira de la ventana.)

PEDRO Es el partido mejor
que se podía tomar;
voy el castillo á entregar;
si me tratan de traidor...
yo les sabré contestar.

ESCENA XII

DON PEDRO y DOÑA GUIOMAR, entrando

GUIO. ¿En tanto apuro nos vemos
que el parlamento es preciso?
PEDRO El francés así lo quiso.
GUIO. Pero nosotros debemos
evitar tal compromiso.
De ligero habéis obrado
y habrá llegado á creer,
con motivo harto sobrado,
que ya no queda un soldado
que le pueda defender.
Y á vos consta como á mí
que mis soldados no quieren
parlamento, pues prefieren
morir peleando aquí
como los leales mueren.
PEDRO Yo rehuir no debía
su petición, y acepté;
en silencio le escuché,
mas al ver lo que quería
indignado rechacé.
GUIO. Obrásteis muy cuerdamente
traduciendo mi deseo,
Don Pedro, y tened presente
que terminará el bloqueo
por cansancio de esa gente.
No tiene todo el valor
y la audacia necesaria
para atacar con vigor;
como tropa mercenaria
aflojan á lo mejor.

Satisfecha me retiro
al ver tanta valentía,
y vuestra conducta admiro;
pronto ha de llegar el día
de salir de este retiro. (Vase.)

PEDRO ¡Qué mujer! hierve en su pecho
un volcán de lava hirviente;
su valor nunca desmiente
y es capaz en su despecho
de hacer á la Francia frente.
(Se sienta frente á la ventana, que cubre el cortinón.)
mas ella, como mujer
de política no entiende,
y aunque pretenda entender,
sin llegarlo á comprender
su mismo valor la vende.
Un paso gigante dí,
pues que tal lo comprendí,
con el general francés,
por evitar un revés
que puede alcanzar á mí.
Porque comprendo en verdad
que mi rey tiene perdida
y más que comprometida
su causa, y ser defendida
es una temeridad.
Aquí, por lo que se ve,
el grande Napoleón
dará á su primo José
el cetro de esta nación
que tan respetada fué.
Y ante el servicio formal
que le presto en la campaña,
sabiéndome yo dar maña
pronto seré general...
y luego... grande de España.
(Queda con la cabeza apoyada en las manos en actitud de pensar.)

ESCENA XIII

DON PEDRO. Aparece FORTUN saliendo lentamente, con los brazos cruzados, detrás del cortinón que le ocultaba, y avanza hasta colocarse á una vara de distancia de don Pedro. Momento de pausa. Don Pedro al volver la cabeza queda sorprendido ante la presencia de Fortún.

PEDRO ¡Calla! ¡Fortún, vos aquí!
(Fortún hace con la cabeza un signo afirmativo, y sigue cruzado de brazos y tranquilo.)
(Con altanería.)
¡Bien! ¿qué pretendéis de mí?
yo no os esperaba ahora...

FORTÚN (Muy tranquilo.)
Pues hace más de una hora
que estoy escuchando allí.
(Señalando al cortinón.)

PEDRO ¿Cómo entrásteis de ese modo
sin que se os haya sentido?
(Fortún se encoge de hombros.)
¡Ese es un paso atrevido!
es decir... ¡que habreis oído
cuanto aquí se ha dicho!

FORTÚN (Con energía.) ¡Todo!
Y los sucesos son tales,
que ha de adquirir resonancia
en Francia y fuera de Francia (Animándose.)
pues nunca los desleales
son modelo de constancia.
Mas ¡por Dios! saber quisiera
la razón que pudo haber
en conducta tan artera,
que es la deshonra en cualquiera
que sigue tal proceder.

PEDRO ¡Pues bien! de tales sucesos
esta es la sola razón.
(Al decir encolerizado este verso don Pedro echa mano á su espada, pero rápidamente Fortún le corta la acción apuntándole á la cabeza con una pistola, y en esta actitud de amenaza ha de continuar hasta que don Pedro muere.)

FORTÚN ¡Quieto! pues sin compasión
os hago saltar los sesos
ú os destrozo el corazón.
Todo lo pactado aquí
lo escuché lleno de ira
que dominar conseguí,
y aún me parece mentira
el ser cierto lo que oí.
¡Tantas pruebas de entereza
ante el general francés
al pisar nuestro pavés
para con esa vileza
ir á humillaros después!
¡Villano, infame y cobarde
habeis manchado el honor
de que tanto haceis alarde!
hoy, aunque os conozco tarde,
os desprecio, por traidor.
Y juro que en tal deshonra
mi deber he de cumplir.

PEDRO ¿Cuál es, me podreis decir?

FORTÚN Primero, lavar mi honra...
y luego... haceros morir.

PEDRO (Echando mano á la espada, pero retirándola cuando Fortún le vuelve á hablar, y bajando la vista.)
Con mucho menos bastara. .

FORTÚN (Apuntándole.)
Quieta esa mano ¡traidor!
ó al menos tened valor,
para mirar cara á cara
al que os habla sin temor.
Sabed que soy como era
por mi derecho castizo,
el duque de Sallandrera,
y vos .. un advenedizo
que aquí se ingirió de fuera.
Si mi madre consintió
y á vos su suerte ligó
al casarse, Dios lo quiso,
pero de tal compromiso
no soy responsable yo.
Y juro, mal que me cuadre
por la misma sepultura
en que descansa mi padre,

que he de vengar con usura
la locura de mi madre.
(Don Pedro cae de rodillas y con las manos en actitud suplicante.)

PEDRO ¡Perdón!

FORTÚN (Con desprecio.) Siempre vil, rastrero,
esa palabra me ofende,
y bien claro se comprende,
que en su vileza, no entiende
para qué sirve ese acero.
Y vais á morir, Alvar,
por lo mal que habeis obrado:
vos vuestra muerte dictar;
yo sólo debo evitar
veros morir deshonrado.

PEDRO Matadme aquí si quereis.

FORTÚN No lo puedo consentir,
vendrán, y habré de decir
la infamia que vos sabeis:
hay más medios de morir.
(Con ironía y lástima.)
Una muerte casual,
muerte, en que al veros la gente,
exclame... ¡murió un valiente!
¡el capitán más leal!
¡el hombre más consecuente!
Y esta muerte que os exijo...
la deshonra evitará
de mi madre, y quedará
limpia la honra del hijo
y la vuestra.

PEDRO ¡Así será!

FORTÚN Pero al momento, al momento,
pues estais comprometido
á tomar ese partido:
por mi parte, solo siento
el tiempo que hemos perdido.
(Don Pedro cae abatido en el sillón y Fortún sin dejarle de apuntar. Momento de pausa.)
Puesto que no elegís muerte ninguna
y no hay otro remedio que morir,
¡venid! yo tengo una,
que de grado ó por fuerza hay que seguir.
¿Veis esa galería? Pues por ella

se puede dar la vuelta del castillo:
¡fijáos bien! ¿no veis la plancha aquella?
(Señalando al puente.)
es el puente que forma su rastrillo.
La noche está muy fría:
allí la soledad tiene su asiento,
y tétrica y sombría,
con su capuz oculta el firmamento.
(Con misterio.)
Allí el secreto está de mi venganza,
y en él vais á pagar vuestra infidencia.
¡Mas... pronto, sin tardanza,
porque os está acusando la conciencia!
Pudísteis ser feliz, pero por loco
al deshonrar ¡cobarde! mi apellido
desde que tal infamia has cometido,
ni tú lo puedes ser, ni yo tampoco.

PEDRO ¡Basta! no puedo más, y cuanto antes
descarga tu venganza sobre el reo:
ni pido compasión, ni la deseo,
pues ya se me hacen siglos los instantes.
(Fortún le indica con una señal por donde ha de ir, pero sin dejar de apuntarle con la pistola.)

FORTÚN ¡Guiad! ¡Mas, ay de vos si un solo grito
proferís de temor haciendo alarde!
Pues sin miedo aclarar vuestro delito,
por la espalda morís como un cobarde.
(Hecha á andar don Pedro y detrás Fortún apuntándole. Salen por la puerta de la galería derecha y vuelve á aparecer don Pedro solo en la gran ventana, frente al público, ó sea sobre el puente; y al estar en medio le detiene la voz de Fortún.)
¡Alto, don Pedro Alvar! ¡Dios es testigo
de que el secreto queda entre los dos:
vendistes el castillo al enemigo...
pues que en su seno te recoja Dios!
(Tira del resorte secreto del rastrillo, cruje éste, y don Pedro cae precipitado al fondo del foso. Fortún hace el movimiento necesario y el rastrillo vuelve á recobrar su posición natural.)
El mecanismo ignorado
aseguré dél rastrillo,
y que Dios se haya apiadado
del alma de ese malvado.

¡Ya mando yo en el castillo!
Que venga el francés ahora
á sobornar corazones;
ni ofertas, ni imposiciones!
No ha de hallar alma traidora
que admita proposicones.
(Coge la linterna, la enciende y se asoma desde la ventana del rastrillo, mirando al fondo, donde se precipitó don Pedro.)
Lograste la ejecutoria
de tu conducta inaudita,
para que en triste memoria
sea tu raza precita
y te maldiga la historia.
Pero yo juro ante Dios
que tu honor se salvará;
en mi pecho morirá
lo ocurrido entre los dos,
y el mundo nada sabrá.
Aunque joven y á despecho
del mal que hacerme quisiste,
si no perdoné tal hecho,
¡bien sabe Dios que infundiste
la compasión en mi pecho!
De esas rocas por detrás,
con el cráneo destrozado
te veo; tú lo has buscado;
para vivir deshonrado
bien estás en donde estás.
(Sigue mirando al precipicio.)
Con el afán más prolijo
juro por Dios soberano
ante ese cadáver fijo
que he de velar por tu hijo,
porque al fin él es mi hermano.
(Se aparta de la ventana y deja la linterna sobre la mesa.)
Mañana á las diez vendrán
á exigir el cumplimiento
del pacto, y no lo consiento,
mas por este documento
ya lo ocurrido sabrán.
(Se sienta á la mesa y escribe, redactando en voz alta.)
«General, un accidente

de improviso acaecido,
impide verse cumplido
lo que ayer se concertó:
No hay parlamento posible,
pues no acepto imposiciones;
aquí no hay más condiciones
que las que redacte yo.
O sale la guarnición
como salen los valientes,
entre tambores batientes,
ó el asedio ha de seguir.
Mi palabra es inmutable,
y antes que ceder en nada,
pues la guerra está empezada
que siga hasta concluir.
General, lo que os indico
es en todo inquebrantable;
y dispensad que así hable
en el momento actual.
A la altura que hoy estamos,
la más leve negligencia
puede ser de consecuencia;
pensadlo bien, General.
Muerto don Pedro de Alvar,
suceda lo que suceda,
el castillo de ahora queda
confiado sólo á mí.
Si tratar os interesa,
mis condiciones sabéis,
y sólo me encontraréis
viniendo á buscarme aquí.
Tal es mi resolución:
el portador de este pliego
puede traer, desde luego,
la respuesta que le deis.
Y dispensad si en mi escrito
se nota algún desaliño;
ved, General, que es un niño
con el que tratar debéis.»
(**Firma, cierra el pliego y llama á Forcián, que entra al momento.**)
Forcián, con aqueste escrito
id al cuartel general,
y pronto, porque no admito

dilación; vos sois leal
y en estas cosas perito.

FORC. ¿Y aguardo contestación
á lo que en esta escribís?

FORTÚN Ocho minutos, ¿oís?,
esperad por atención,
y luego se la exigís.

FORC. Y si se niega, no obstante,
ante su tenacidad,
¿qué hago?

FORTÚN Pues con dignidad,
después de arrojar el guante,
al castillo retornad. (Saluda **Forcián** y vase.)

ESCENA XIV

FORTUN y DOÑA GUIOMAR entrando.

GUIO. Pensé á tu padre encontrar.

FORTÚN Há tiempo que le perdí.

GUIO. Digo á don Pedro de Alvar.

FORTÚN Ese padre para mí
nunca me pudo agradar.

GUIO. Pero, yo le di mi mano,
y tú obediencia le debes.

FORTÚN Yo creo que es un villano.

GUIO. ¿Cómo así á tratar te atreves
al padre del que es tu hermano?

FORTÚN No lo sé; mas, con razón,
sospecho yo que el de Alvar
no debe limpio jugar
en la presente ocasión,
porque le veo dudar.
(Con ironía.)
Noto en él algo de extraño
que mi sospecha no aclara;
al mirarle cara á cara,
parece que le hace daño,
como si algo recelara.
Hace un rato estaba aquí,
y se despidió de mí
como con cierta ironía;
entró en esa galería,

y de vista le perdí.
Luego le vi que cruzaba,
con su marcial continente,
por allí, pasando el puente,
y hacia el foso se inclinaba;
mas, le perdí de repente.
Tal vez fuese á vigilar
los centinelas del muro.

GUIO. Eso será, de seguro.

FORTÚN (C u gran ironía.)
Vale mucho en un apuro
ese don Pedro de Alvar.

GUIO. Decidle que hasta las nueve
en mi cámara estaré.
Adiós. (Saluda y vase.)

FORTÚN Bien, se lo diré.
(Coge la linterna y se asoma al foso.)
Allí está. Mas no se mueve.
Me obligaste, y te maté.

ESCENA XV

FORTUN y FORCIAN entrando con un pliego que entrega á Fortún

FORC. Con atención exquisita
al entregar vuestro pliego
recibieron mi visita
y se puso á escribir luego.
(Mientras Forcián dice los anteriores versos, Fortún lee rápidamente el pliego que aquél le entregó.)

FORTÚN ¡Cuánto me alegro que admitan!
(A Forcián.)
Esperadme en la muralla.
(Vase Forcián.)
Yo mismo estoy admirado.
¡Todo, todo es aceptado!
De gozo mi pecho estalla,
porque el honor se ha salvado.
Sólo pone en condición
que esta noche ha de tomar
del castillo posesión,
y yo debo de aceptar
sin ninguna dilación.

Ahora voy á prevenir
de la muerte de su esposo
á mi madre, y á decir
que se halló muerto en el foso;
es necesario mentir.

ESCENA XVI

FORTÚN y FORCIÁN, que entra con un pliego que entrega.

FORC. Con este pliego á la mano
por la parte del batán
llega ahora mismo un paisano.

FORTÚN Entregádmele, Forcián.
(Mirando el sobre rápidamente.)
¡Es de nuestro soberano!
Buscad al señor de Alvar
y decidle que sin falta
esta noche hay que entregar
el castillo, pues me asalta
el deseo de acabar.
(Vase Forcián, abre el pliego, aparenta leerle, le cierra y se le guarda.)
¡El rey, que en su fe se escuda
como valiente adalid,
exige que Alvar acuda
al palacio de Madrid
para prestarle su ayuda!
¡Qué poco le conocía!
¡Bien claro lo veo aquí
cuando en su honradez confía!
Mas puede fiar de mí,
como lo verá algún día.
En ocasión más propicia
no pudo el pliego llegar.
Aquí ya me hice justicia,
veremos si en la milicia
llego á hacerme respetar.
(Hablando desde una puerta.)
Forcián, haced que al momento
los jefes del regimiento
en esta sala me esperen:
justo es que del documento
todos á la vez se enteren.

ESCENA XVII

FORTÚN. Al terminar el último verso llegan los de la ronda.

UNO — Señor.
FORTÚN — ¿Qué ocurre? ¡Adelante!
UNO — El caso es tan horroroso...
Al ir la ronda volante,
muerto se halló en este instante
á nuestro jefe en el foso.
(Van llegando todos los jefes, con el uniforme en mal estado. Coge Fortún la linterna, se asoma al foso y lo mismo hacen algunos agentes.)
FORTÚN — ¡Horror! ¡Abajo se ve!
Su ausencia ha un rato noté.
FORC. — Al vigilar el castillo
debió escurrírsele el pie
y cayó desde el rastrillo.
(Se apartan de la ventana.)
FORTÚN — (Como con sentimiento.)
¡Hoy que iba á coger el fruto
de tanto y tanto desvelo,
en ese rocoso suelo
paga á la muerte el tributo!
(Se descubre y todos le imitan.)
FORTÚN — (Alzando al cielo la mano.)
¡Que Dios le acoja en el cielo!
(Se cubre y todos lo mismo.)
¡Señores! Por desgracia, es conocida
la triste situación en que hoy estamos,
pues si tenemos vida,
por milagro no más la conservamos.
Poco sirve el valor si la fortuna
vuelve la espalda al hombre que es valiente
para arrancar impávida, inclemente,
las vidas, una á una.
Por eso el capitán pidió armisticio,
aun haciendo su alma el sacrificio
de entregar el castillo, confiado
por nuestro rey, en su sereno juicio.
Ventajoso nos era lo pactado,
y Dios ha permitido

que el general francés haya querido
cumplir con honradez lo estipulado.
Esta noche vendrán, y entre tambores,
saldrá la guarnición con sus honores
en busca de otro campo de batalla,
puesto que aquí no halla
la gloria de que son tan acreedores.
El gran Monarca Carlos Cuarto espera
días de gloria inmarcesible y pura.
Nuestra España invadió gente extranjera,
tal vez con la esperanza más segura
de que suyo el país bien pronto fuera.

(Una voz desde la muralla)

1.ª Voz ¡Centinela, alerta!

(Otra voz que contesta.)

2.ª Voz ¡Alertáa!

1.ª Voz A la parte de la huerta,
por lo que de aquí se alcanza,
diviso una descubierta
que mi sospecha despierta.

FORTÚN Es la división, que avanza.
Forcián, salid al intento
para hacerla los honores.
Que forme el destacamento
y redoble los tambores,
pues ha llegado el momento.

(Sale Forcian, y en seguida tocan los tambores y cornetas del castillo, como indicando que ya se divisa á los que vienen, y éstos empiezan también á tocar. Fortún se coloca á un lado y los jefes á otro.)

FORTÚN Son azares de la guerra
que trae la casualidad;
si de aquí se nos destierra
ya estamos en libertad,
aun es muy grande la tierra.
Del hambre por el rigor
salimos de aquí, sin mancha
que empañe tanto valor;
juremos por nuestro honor
tomar pronto la revancha.
Dueños quieren ser de España,
y vienen muy engañados:
aún tiene España soldados
que con pechos denodados

sostendrán esta campaña.
P(cos somos, en verdad,
para tantos imperiales;
mas si en número no iguales,
el valor de los leales
raya en la temeridad.
Y, allá iremos, do el destino
nos lleve, con hidalguía:
pelear es nuestro sino,
y el Monarca será el guía
que nos señale el camino.
(Se descubre, saca la espada y todos le imitan.)
¿Jurais respetar la ley
en que la nación estriba
con la fe más pura y viva?

TODOS ¡Lo juramos por el Rey!

FORTÚN ¡Viva Carlos Cuartooo!

TODOS ¡Vivaaaa!

FIN